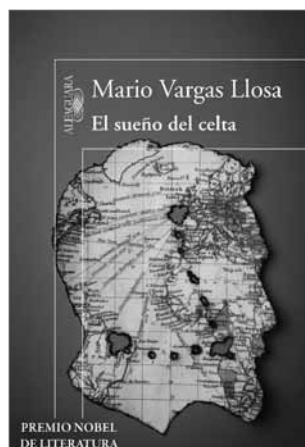


Libros

EL SUEÑO DEL CELTA

THE DREAM OF THE CELTEDITORIAL: *Alfaguara*AUTOR: *Mario Vargas Llosa*CIUDAD: *Bogotá*AÑO: *2010*NÚMERO DE PÁGINAS: *455***Paola Vargas Arana***

* Antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia, Magíster en Estudios Africanos de El Colegio de México. Docente-investigadora de la Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte de la Universidad Central, Bogotá (Colombia).

E-mail: pvargasa@ucentral.edu.co

La novela *El sueño del celta*, escrita por Mario Vargas Llosa y publicada en 2010, año en el cual el autor recibió el Premio Nobel de Literatura, narra la biografía de Roger Casement (1864-1916), un irlandés de clase media que desde muy joven comenzó una vida como viajero y diplomático de Inglaterra. Casement pasó más de veinte años de su vida en África, especialmente en el Congo, y dos años en el Putumayo. De estos viajes resultaron influyentes informes consulares, escritos personales y registros fotográficos realizados por él mismo, para ilustrar la ausencia de control administrativo y los maltratos que padecían pueblos enteros a causa de la impiedosa extracción de caucho tanto en África Centro Occidental, por parte de Leopoldo II, como en el Amazonas colombo-peruano, por parte de la Casa Arana.

En 1904 fue divulgado el informe consular sobre el Congo, y en 1912 el informe sobre el Putumayo. Las denuncias que Casement realizó en estos documentos impulsaron a exigir transformaciones en las empresas cauche-

ras: solicitaron cambios en la administración política del Congo Free State donde, hasta entonces, más de 250.000 km² pertenecían individualmente a Leopoldo II (rey de Bélgica), desde la Conferencia de Berlín de 1885. El cambio radicó en la entrega a la República de Bélgica, en 1908, del control del territorio colonial del Congo. En el caso del Putumayo, el debate que despertó Casement en el parlamento inglés implicó, en 1911, el cierre definitivo de la Peruvian Amazon Company, corporación que representaba en la Bolsa de Valores de Londres a la Casa Arana, la compañía peruana dedicada a la explotación cauchera en la región del Putumayo.

El *Sueño del celta* narra el año en que Casement pasó en prisión a causa de su participación en el levantamiento de Dublín. Como consecuencia, y no obstante las importantes repercusiones políticas de sus informes consulares, en 1916, Casement fue ejecutado por el gobierno británico que argumentó homosexualidad y la colaboración con los irlandeses rebeldes.

En la soledad del encierro antes del ahorcamiento, Vargas Llosa aprovecha para conjeturar recuerdos y evocaciones por parte del reo, que le permiten al lector ir trazando la trayectoria de su vida, sus posiciones políticas, deseos y, por supuesto, las crónicas de sus viajes. Esta ficción histórica se caracteriza además por la fidelidad a las fechas, lugares y personajes frecuentados por el protagonista, las cuales fueron consultadas por Vargas Llosa, como lo constata al final de la obra, en la documentación original localizada en archivos de África Central, Amazonas, Irlanda y Nueva York. Por este motivo, el lector puede corroborar detalles y encuentros en los diarios y reportes de Casement; empero, también puede comprobar la imaginación de Vargas Llosa, capaz de crear sentimientos y aspectos de la personalidad; así como concepciones acerca de los nativos del Congo y del Putumayo por parte de Roger Casement.

Con todo, lo más importante del libro es la posibilidad de acercarnos al fenómeno del colonialismo europeo en tres regiones de diferente circunscripción geográfica: el Congo, el Putumayo e Irlanda. Al tratar casos tan distantes, el lector puede entender la envergadura de las ideologías y estrategias político-económicas utilizadas por las élites europeas para ejercer un dominio colonial planetario a comienzos del siglo XX. Entre éstas, se destacan las siguientes tácticas usadas de manera semejante en África y América del Sur como el otorgamiento de poderes a corporaciones para la explotación masiva de recursos y mano de obra en regiones fronterizas, caracterizadas por la escasa presencia de la administración pública.

En el caso del Putumayo, una región limítrofe entre Perú y Colombia, la Casa Arana aprovechó el exiguo domi-

nio territorial ejercido por uno y otro Estado, para sobreexplotar las sociedades nativas americanas en función de la extracción de caucho. Vargas Llosa nos recuerda que la Casa Arana estaba representada en la Bolsa de Londres como una corporación inglesa, bajo el nombre Peruvian Amazon Company. En el caso del Congo, el rey Leopoldo II otorgaba a corporaciones particulares como la Anglo-Belgian India Rubber and Exploration Company la explotación del caucho, o a la H. Shelton Sanford de Estados Unidos, la construcción de ferrovías e infraestructura colonial. Recordemos que, a comienzos del siglo XX, los europeos se arrogaban el derecho de mantener un debate acerca de las fronteras que regirían en el continente africano. Así, tales fronteras fueron definidas en función de los intereses de explotación colonialista, principalmente a partir de las rutas fluviales más adecuadas para la extracción de recursos, es decir, no tuvieron en cuenta las diferencias culturales existentes, ni los límites territoriales demarcados consuetudinariamente por los africanos.

La segunda estrategia colonialista europea descrita por Vargas Llosa en el libro, es la creación de ejércitos de intermediarios nativos, los llamados *muchachos* para el caso de la explotación cauchera en el Putumayo, estrategia que también fue utilizada en el Congo. Ésta consistía en el secuestro y posterior entrenamiento de nativos para administrar los castigos a los sujetos que estaban siendo explotados en la extracción de materia prima, en particular el caucho. Los ejércitos estaban conformados por niños arrancados de sus madres o por aquellos provenientes de los estupros masivos llevados a cabo por funcionarios de las compañías o por los colonialistas. Estos niños eran criados lejos de sus familias, en un estado de

total enajenación cultural, y desde muy pequeños se les enseñaba el uso de armamento y del látigo. En el caso del Putumayo, se introdujo inclusive población de otras colonias inglesas que era obligada a impartir los castigos, en particular, hombres afrodescendientes de Barbados, quienes realizaban las ejecuciones y administraban el látigo. Esta estrategia facilitaba el ejercicio del poder por parte de las corporaciones privadas, pues creaba intermediarios nativos al servicio del proyecto colonizador-industrial, y a la vez servía para enemistar a las poblaciones unas con otras, lo que implicaba que nunca se veía al europeo como el rostro del verdadero verdugo.

La tercera estrategia consistía en la firma de contratos y concesiones territoriales por parte de las sociedades del Congo y del Putumayo. Vargas Llosa describe con detalle cómo Henry Morton Stanley, viajero inglés enviado por Leopoldo II de Bélgica a explorar el Congo, compelió a las sociedades del Congo a firmar un contrato de explotación de recursos y mano de obra por parte exclusiva del rey Belga. Tal contrato estaba escrito en francés, sin ninguna traducción a las lenguas nativas africanas, y su firma constreñía a los originarios a realizar a perpetuidad trabajos forzados para Leopoldo II. Para conseguir este siniestro procedimiento, Stanley agredía física y psicológicamente a los africanos con insultos y golpizas que muchas veces conducían a la muerte, además los compelió a cargar sus pertenencias que pesaban cientos de kilos, a lo largo de intensos días de viaje, por estrechos caminos de barro y piedra. Stanley comenzó la exploración del río Congo en 1871 y con ésta abrió camino para el colonialismo del siglo XX sobre África, pues fue ejecutada antes del Congreso de Berlín, de modo que, cuando los países eu-

ropeos se reunieron para dividirse el continente, Stanley ya había conseguido cientos de contratos a favor de Leopoldo II en el Congo.

La última estrategia estructural por parte del colonialismo europeo del siglo XX era el genocidio. El libro de Vargas Llosa nos llena de lágrimas los ojos al describir las denuncias presentadas por Casement ante el parlamento inglés, a causa del maltrato sufrido por las sociedades del Putumayo y del Congo: mutilaciones, fusilamientos, estupros masivos, quema de personas vivas, latigazos, golpes y malas palabras eran el tratamiento habitual ejercido por las compañías privadas que explotaban el caucho a los dos lados del Atlántico Sur, así como por parte de colonialistas y exploradores como Henry Stanley. Derivado de este tipo de tratamiento, sociedades enteras, a decir, miles de decenas de personas, desaparecieron llevándose consigo toda la riqueza cultural y lingüística construida a lo largo de milenios y conservada a pesar del tráfico esclavista en África y de la conquista y colonización española en América.

En el epílogo esta ficción histórica, Vargas Llosa explicita al lector su posición frente a la ideología de su protagonista: “Casement se fue abriendo camino hasta ser aceptado como lo que fue: uno de los grandes luchadores anticolonialistas y defensores de los derechos humanos y de las culturas indígenas de su tiempo y un sacrificado combatiente por la emancipación de Irlanda” (2010: 449). Aquí haremos una consideración crítica a esta visión de Vargas Llosa, a partir de la aproximación a algunos de los escritos realizados por Roger Casement, así como a estudios monográficos derivados de los documentos que este último dejó. Por supuesto, Casement fue un crítico de

las estrategias de dominación que imperaban a comienzos del siglo XX, empero, en sus escritos no sugirió el fin de la colonización. Su crítica, más sutil, puntualizaba que no había por qué llevar a cabo el colonialismo de modo cruel y brutal. De hecho, este personaje defendió la iniciativa colonialista europea en el sur del planeta, pues confiaba en la introducción del cristianismo y la infraestructura occidental como estrategias que conducirían a estos pueblos del sur a hacía la “civilización”. De hecho, después de realizar su informe consular denunciando la sobreexplotación física de las comunidades, Casement, con apoyo de pastores bautistas y otros intelectuales europeos, creó la Congo Reform Association (Casement, 1959a: 194), la cual, además de realizar denuncias, recomendaba cambiar la sobreexplotación física de los centroafricanos por un régimen colonialista benévolo que fundase hospitales, entidades de gobierno europeas, ciudades y ferrocarriles y, sobre todo, misiones cristianas dedicadas a la conversión de las almas de los *salvajes*, denominación que usaba para referirse a los nativos del Congo en varios escritos (Casement, 1959b: 96).

La investigadora inglesa Leslie Wylie propone una visión de Casement distante de aquella creada por Vargas Llosa. Según Wylie, los conceptos *imperio* y *raza* mantenidos por Roger Casement estaban de acuerdo con la ideología del colonialismo. En cuanto a *imperio*, Wylie cita apartes del artículo “The Putumayo Indians”, escrito y publicado por Casement en 1912, que exhiben su fe en el ideal del “verdadero hombre blanco” como proveedor por excelencia de la protección y guía que necesitaban las poblaciones indígenas. Para ello, Casement proponía cambiar el régimen de crueldad por una “colo-

nización de la compasión” basada en el establecimiento de misiones cristianas en la región de Putumayo (Wylie, 2010).

En cuanto a *raza*, Wylie afirma que la visión de Casement sobre los nativos africanos y putumayenses era tan prejuiciosa como la de cualquier europeo del periodo. Para sustentar su argumento, la autora utiliza el caso de los dos indígenas del Putumayo, Omarino y Ricudo, quienes fueron llevados por Casement a Inglaterra. Distinta de la narración que hace Vargas Llosa del evento, Wylie investiga los trayectos efectuados por los dos putumayenses durante su estadía en Inglaterra, y encuentra que, a pesar de su visión humanitaria, Casement exhibió a los putumayenses como curiosidades de “tipos nativos”, tal y como era efectuado por otros tantos viajeros y científicos que comulgaban con el proyecto colonialista (Wylie, 2010). Wylie encuentra dos fotografías de los jóvenes que siguen los patrones de la fotografía etnográfica del periodo: aparecen desnudos, de frente y de perfil, enmarcados en un fondo blanco (Wylie, 2010). Adicionalmente, Wylie demuestra que Casement condujo a los jóvenes al atelier de John Thompson, fotógrafo de la Royal Geographical Society y miembro de la Ethnological Society of London, instituciones entonces dedicadas a la clasificación de los grupos humanos en una jerarquía de superioridad-inferioridad, según los parámetros del racismo científico, y en la cual, por supuesto, los europeos ocupaban el culmen de la superioridad. Este evento sugiere que Casement apoyaba el proyecto impulsado por esa pseudociencia, así como los estereotipos producidos por sus practicantes. Sumado al evento de las fotografías y retomando el artículo “The Putumayo Indians”,

Wylie afirma que Casement concebía a los indígenas desde el estereotipo del *nativo* del Putumayo, como categoría homogénea, caracterizado por ser sumiso, modesto, inocente, amigable y, ante todo, de naturaleza infantil. Estos calificativos eran compartidos por otros imperialistas que, de hecho, encontraban en estos estereotipos el pretexto de la colonización, así como la supuesta responsabilidad del “hombre blanco” de conducir a los “salvajes” a la civilización (Wylie, 2010).

Contrario a lo que recomendaba para el Congo y el Putumayo, Casement estaba convencido de que el pueblo irlandés del cual era originario, merecía la emancipación total del dominio británico y, por eso, en 1916 hizo parte de los grupos disidentes que llevaron a cabo el “Levante de Pascua” (Easter Rising) en Dublín. El caso de Irlanda desmiente la representación general acerca del colonialismo europeo como una forma de explotación norte-sur. Desde la primera página, esta obra nos recuerda que la colonización de pueblos y territorios europeos, por parte de otros pueblos europeos, no es un fenómeno del pasado. Aún entrado el siglo XX eran perseguidos, juzgados y asesinados los europeos que se organizaban en grupos disidentes para reñir contra el sistema de opresión de las oligarquías hegemónicas sobre otros linajes como el irlandés.

A través del drama de Casement, Vargas Llosa nos describe las diferentes ideologías independentistas irlandesas organizadas en el Irish Republican Brotherhood (IRB), el Irish Citizen Army o el Irish Volunteers. Estos grupos, a comienzos del siglo XX, buscaban la liberación parcial o total de la administración británica, por significar un impedimento al mantenimiento de prácticas culturales autóno-

mas, tales como la lengua y la literatura propias del territorio irlandés (llamado por sus habitantes *de Eire*), el ejercicio del catolicismo, las formas de confeccionar bordados y ropa, de pescar y de comercializar en los puertos.

Vargas Llosa nos cuenta el episodio en que Casement viajó a Connemara, noroccidente de Irlanda, donde permanecían antiguas costumbres irlandesas, entre éstas la lengua y los bordados. Justo allí, donde la identidad estaba más claramente trazada, la población se encontraba en la absoluta miseria económica, sin escuelas y sin médicos. Este fenómeno demostraba la ineficiencia del dominio británico sobre la isla irlandesa, así como la exclusión a la que eran sometidos grupos sociales que diferían del proyecto imperialista inglés. Así, el libro permite al lector latinoamericano aproximarse a las realidades del colonialismo dentro de Europa, las cuales, en general, se omiten dentro de los análisis acerca del fenómeno de la colonización en el periodo industrial.

A manera de conclusión, podemos afirmar que la verdad puesta en el cristianismo era tan fuerte y sólida en la mente de los europeos a comienzos del siglo XX, que aún Casement, siendo uno de los analistas más críticos de la colonización, no dejó de percibir la responsabilidad de continuar con el proyecto de expandir la civilización europea como un fardo necesario por parte de Europa en relación con los pueblos de América del Sur y de África. El sueño de Casement, el celta, así observado, resulta un delirio por reanudar las cruzadas y una parodia de la extensa historia de la expansión europea, justificada en la finalidad de alcanzar la conversión absoluta de la humanidad. De manera paradójica, también en Irlanda el catolicismo que

Casement tanto defendía como ícono de la emancipación, habría llegado en el marco del expansionismo violento y colonialista llevado a cabo por el imperio romano sobre las islas de la Gran Bretaña durante los primeros siglos de la era cristiana.

Por último, el libro permite comparar el fenómeno del colonialismo en el periodo industrial, así como constatar que los métodos aplicados en África bajo un modelo de colonialismo formal, eran los mismos empleados en América del Sur. En otras palabras, el libro incentiva al lector a extender el calificativo de *colonialismo* a formas de explotación que a comienzos del siglo XX imperaban en el Putumayo, aún bajo un régimen independiente, donde grupos minoritarios foráneos eran los beneficiarios del capital extraído por medio de la esclavización de población nativa.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. CASEMENT, Roger, 1912, “The Putumayo Indians”, en: *Contemporary Review*, No. 102, pp. 317-328.
2. ———, 1959a, *The Black Diaries*, París, Mazarine y Moderne du Lion.
3. ———, 1959b, “The Congo Report”, en: Roger Casement, *The Black Diaries*, París, Mazarine y Moderne du Lion.
4. WYLIE, Lesley, 2010, “Rare Models: Roger Casement, the Amazon, and the Ethnographic Picturesque”, en: *Irish Studies Review*, Vol. 18, No. 3, pp. 315-330.